

Cuarto Domingo de Adviento - Ciclo A

P. Alfonso Torres

TRIBULACION DE SAN JOSE

SAN MATEO 1,18-25.

(...)

El comentario de este pasaje evangélico es interesante por diversas razones. Además de las razones generales que mueven a estudiar todo el Evangelio, hay aquí otras. Esta es una de las pocas veces en que aparece en escena el Patriarca San José, y es, sin duda, la ocasión en que se nos revela más el interior de su espíritu, sus sentimientos íntimos. Además, todo este pasaje es un argumento en favor de una gloria de la Virgen Santísima, que después le habían de negar los herejes. Por último, nos va a revelar la prudencia con que procedieron, tanto la Virgen como su Esposo, en trance tan difícil como los pone la providencia del Señor.

(...)

Y ahora entremos en la parte discutida del pasaje evangélico. Con sólo recordar la historia que acabamos de leer y que generalmente llamamos de las dudas de San José, se ve que la explicación de este pasaje evangélico depende de un solo punto: ¿Qué es lo que pasó en ese trance por el alma del Santo Patriarca? ¿Qué es lo que entendemos nosotros por las dudas de San José? Esta es toda la cuestión. Y una vez que se precisa lo que fueron esas dudas, el pasaje evangélico se interpreta sin dificultad. Como en la predicación

ordinaria de la Iglesia y en los libros espirituales o devotos referentes a San José, se observa una gran diversidad de opiniones e interpretaciones que dejan como en una nebulosa este episodio evangélico, bueno será que nos detengamos en él.

Acerca de las dudas de San José hay tres opiniones.

Primera opinión: la de aquellos que suponen que San José conoció el Misterio de la Encarnación antes de que comenzaran esas dudas, y temió aparecer ante los hombres como padre del Verbo Encarnado, con un honor que no le pertenecía. Según esa opinión, toda la inquietud de San José procedía de su humildad. Conocía el Misterio, lo adoraba, y por humildad quería apartarse de la Virgen. Esta es la opinión que generalmente se llama la opinión piadosa.

La segunda opinión está en el extremo opuesto. Es la opinión de aquellos según los cuales Dios Nuestro Señor remitió, por altísimos fines y por altísimas razones, que San José llegara a formar un juicio desfavorable de Nuestra Señora, o, por lo menos, llegara a admitir en su corazón y a consentir sospechas desfavorables para la Virgen. Esta opinión, que parece muy dura a nuestros oídos, tiene quizá más defensores que la anterior, y precisamente entre los grandes doctores eclesiásticos.

Una tercera opinión, que podríamos llamar la opinión de San Jerónimo, emprende un camino intermedio. No admite que San José conociera el misterio de la Encarnación antes de sus temores y sus dudas; no admite tampoco que tuviera un juicio definitivo o una sospecha voluntaria acerca de esta cuestión, sino que se contenta con decir que, para San José, lo que tenía delante de los ojos era un enigma, enigma que él no acertaba a descifrar en ningún sentido, y, en presencia de ese enigma, optó por una resolución que le pareció

prudente : abandonarlo todo en manos de Dios ; apartarse él de su esposa.

Estas son las tres opiniones que, formuladas de una u otra manera, con unas u otras palabras, añadiendo o quitando algún pormenor, hay en torno al punto que tratamos. ¿Cuál de ellas debemos aceptar nosotros? Claro está que, siendo materia que Dios ha dejado a la disputa de los hombres, tenemos toda libertad para opinar lo que nos parezca más conveniente. Pero, puestos a opinar, no debemos hacerlo sin conocer las razones que hay por cada una de las opiniones. Yo os las voy a explicar para que vosotros las ponderéis.

(...)

José, su marido... Advertid que, como ya explicamos en otra ocasión, el matrimonio entre los hebreos tenía dos solemnidades, pero se consideraba verdadero matrimonio cuando se había verificado la primera. Esas dos solemnidades eran: lo que llamaríamos nosotros el contrato matrimonial y la solemne conducción de la esposa a casa del esposo. Si se había verificado la primera solemnidad, era un matrimonio verdadero, no era sólo unos esponsales. Por eso, el Evangelista dice claramente: *José, su marido*. Esto nos va a servir para entender con facilidad todo lo que sigue.

Siendo justo... Algunos entienden esta palabra *justo* como sinónima de benévolo, benigno, condescendiente, misericordioso. No me parece fundada esta interpretación. En la Sagrada Escritura la palabra *justo* suele significar virtuoso y cumplidor fiel de la ley divina u hombre que tiene la virtud moral de la justicia, y no veo una razón que obligue aquí a tomarla en otro sentido.

Y no queriendo infamarla... Propiamente, la idea sería ésta: no queriendo que trascendiera al público lo que él veía, con infamia de la

Virgen, exponiéndola a interpretaciones calumniosas, resolvió dejarla ocultamente.

La traducción que usamos nosotros, emplea aquí el verbo repudiar; pero acerca de esta palabra hay una cuestión que conviene aclarar. ¿Se trata en el caso presente de un repudio en el sentido jurídico de la palabra? Sabemos que Moisés permitió el libelo de repudio, con el cual el esposo apartaba de sí a su esposa. Ese libelo de repudio, ciertamente, se podía dar cuando se había cumplido la segunda solemnidad del matrimonio: es decir, cuando la esposa había sido conducida solemnemente a casa del esposo. Más aún, para abandonarla, era obligatorio el repudio. Pero, antes de que se hubiera cumplido la segunda solemnidad, ¿tenía que darle el libelo de repudio para abandonarla? Esto es dudoso. Algunos escritores judíos posteriores a la época evangélica, dicen que sí. Estudiando la Ley, como está en la Biblia, esto no es tan claro y más bien parece que en este caso no era necesario el libelo de repudio. De esa cuestión depende la interpretación que deba darse al texto que comentamos. Si se admite que era necesario el libelo de repudio, habrá que interpretar la frase evangélica en el sentido de que San José quiso repudiar a la Virgen sin revelar en el libelo de repudio las causas verdaderas de la separación, para no difamarla. Si se cree que el libelo no era necesario, el sentido sería que San José resolvió abandonarla sin decir nada. Como todavía no vivían en la misma casa, esto era muy fácil.

Con esta interpretación que acabáis de oír, parece corroborarse la opinión intermedia, que hemos estimado más probable. La resolución de San José parece la de un hombre que ni está cierto de la culpa, ni conoce el misterio que se había realizado. Es la solución intermedia de quien suspende el juicio. Sea lo que quiera de la

cuestión discutida, lo que no podemos dudar es que esa situación fuera dolorosísima para San José y para la Virgen. La Virgen no podía desconocer la tormenta que se había desencadenado en el corazón de San José y esa tormenta debía martirizarla.

Este dolor debió de ser tanto más agudo cuanto más delicadas eran las almas que lo padecían, mayor el amor con que se amaban y más puros los intereses que estaban en juego. San José y la Virgen eran las más delicadas entre todas las almas que Dios había criado. El mismo las había unido con un amor sin par y lo que se ventilaba era si deshacer o no el futuro hogar de Nazaret, verdadero cielo en la tierra. No hace falta amplificar mucho para percibir toda la hondura de la tragedia. Basta mirar con atención aquellas almas, aquel amor y aquel hogar. Una primavera que despunta, deshecha por el cierzo cruel.

Para la Virgen Santísima debió de ser todavía más dolorosa, por el contraste que ofrecía esta situación con lo que hasta entonces había experimentado. Habían precedido a esta amargura las dulzuras de la Anunciación y el idilio de Ain-Karim. Al volver de la casa de Isabel con el corazón rebosante de dicha celestial, ve entenebrecerse el cielo, amenazando tempestad. La pavorosa tempestad se fragua en el corazón que la Virgen amaba más en la tierra. Ver atormentado aquel corazón era para ella todavía más doloroso que su propio tormento.

¿ Cuánto duró esta prueba? No lo sabemos: el Evangelio no lo ha dicho y no tenemos otro medio de averiguarlo ; pero, cuando se hubo cumplido el tiempo determinado por Dios, un ángel, que sería San Gabriel, el Angel de la Encarnación, se apareció a San José en sueños, como en otros tiempos se aparecieron los ángeles a los patriarcas y profetas, y le anunció el Misterio. *José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo en ella engendrado es por obra del Espíritu Santo. Y parirá un hijo, y llamarás el nombre de él Jesús;*

porque El ha de salvar a su pueblo de los pecados de ellos. Así el ángel y sus palabras rasgaron súbitamente las nubes que entenebrecían el corazón del Santo Patriarca. Una explosión de júbilo inundó aquel corazón virginal. ¡Qué momento aquél! A la grandeza del dolor sucedía la grandeza de una gloria abrumadora. El, el pobre carpintero del mísero Nazaret, ha sido elegido por Dios para confidente del gran Misterio divino. Dios ha puesto en sus manos su joya más preciada, su joya predilecta, la Virgen María, y al darle esa joya, le ha dado con ella a Jesucristo. ¿ Podéis imaginaros los transportes de júbilo que hubo en aquel corazón, su gratitud, su admiración y su amor? Dios había permitido que sufriera tanto para que luego saboreara mejor este gozo inefable. Precisamente porque el gozo viene después de una tormenta pavorosa, se centuplica, es más dulce e interior. Así es nuestro Dios. Nos prueba, nos angustia, nos flagela, para que luego, cuando lleguen sus generosidades, los derroches de su misericordia, los gocemos mejor y se aumente nuestra felicidad. Dios no se goza en nuestro padecer : nos hace sufrir para luego darnos centuplicada la felicidad. Y eso hizo con San José.

El Evangelista, después del mensaje del Angel, añade que se había cumplido la profecía de Isaías : *Ved ahí, la Virgen llevará fruto en el vientre y parirá un hijo y llamarán el nombre de él Emmanuel, lo que interpretado es lo mismo: con nosotros Dios,* profecía que ya expusimos en otra ocasión y que no hay por qué repetir ahora.

Después de la aparición del Angel, los sucesos se desarrollaron rápidamente. San José y la Virgen vivían separados: aún no se había realizado la ceremonia solemne de la conducción de la esposa. San José había dudado si celebrarla. Desvanecidas sus dudas, la ceremonia se verificó. Unas doncellas amigas de María la estarían acompañando en su casa: de noche llegarían los amigos del esposo

conduciendo a éste, y al son de la música, entre cánticos populares, a la luz de las antorchas que llevaban en sus manos las doncellas, aquella azucena purísima sería conducida al jardín de la casa de San José para ponerla bajo su custodia. ¡Con qué veneración, con qué delicadeza la recibiría el Santo! ¡Ah!, entonces tendría la plena conciencia de su deber: le ponía Dios en su mano lo más delicado que había producido su omnipotencia: no debía empañarla ni un aliento del mundo. San José era el jardinero escogido por la mano de Dios para cuidar de esa flor delicadísima. Aquella casa era un templo: podemos decir que era el templo más augusto del mundo. Se habían de realizar otros misterios en lugares diversos de Palestina; pero el gran misterio había de esconderse en casa de San José durante treinta años. Allí había de estar, durante ese tiempo, exhalando su perfume la azucena.

(...)

Mirad a cada una de las personas que intervienen. Mirad a San José. Es la misma prudencia, y es la misma prudencia en la mayor de las pruebas a que podía someterle Dios; es la misma prudencia en un momento en que la turbación suele acabar con la prudencia.

Sus pasiones aparecen dominadas, y en su juicio sereno y prudente se muestra soberano. San José es un alma santa. Un alma santa en la cual pueden aprender los demás para refrenar sus juicios apresurados. ¡Qué fácil es formar juicios desfavorables de nuestros hermanos apoyándonos en apariencias, y cuántas veces las apariencias son el pretexto de la calumnia!

¡Cuántas veces juicios que nos parecen evidentes, son juicios miserablemente calumniosos! Tened presente siempre el caso de San José. Los hechos estaban allí, ante sus ojos. Suponed que San José,

apoyándose en estos hechos y teniendo por justo su juicio, hubiera dado abrigo en su corazón a la sospecha. ¿No es verdad que esa sospecha hubiera sido la mayor de las injusticias y de las calumnias? ¡Ah ! Eso acaece muchísimas veces en el mundo y esto nos enseña a ser sumamente cautos en juzgar a nuestros hermanos: nos enseña algo que ignoramos a veces los cristianos, porque, guiándonos de nuestro juicio, creemos con demasiada presunción escudriñar y conocer hasta los secretos más íntimos de los demás.

Miremos también a la Virgen Santísima. Miremos esa maravilla de Dios un momento más; mirémosla y no nos cansemos de mirarla nunca. Es la azucena del Señor; pero en este caso es azucena a quien falta el rocío de la consolación divina; parece que va a marchitarse, porque pasa sobre ella el cierzo de la tribulación. ¿No podía ella, al menos, haber explicado el misterio a San José? Este es uno de los misterios del Evangelio. Nosotros, con nuestra prudencia humana, le hubiéramos aconsejado que hablase claro a su esposo, y hubiéramos juzgado su silencio como imprudencia y temeridad. Y, sin embargo, Dios quería lo que hizo la Virgen: que sufriera en silencio. Y es sin duda porque, si no hubiera sufrido en silencio, hubiera sufrido merma su abandono completo en las manos de Dios. Lo acontecido en ella era un misterio divino. Dios, que lo había hecho todo hasta entonces, seguiría haciéndolo en adelante. Como había descubierto el misterio a Isabel, lo descubriría a San José, en el tiempo oportuno: la Virgen era la pobre Esclava del Señor, a quien no tocaba sino obedecer. Y ese abandono completo, hermosísimo y divino, es el que no quiso mermar, difundiendo, descubriendo el secreto, ni siquiera para acallar la tormenta que rugía en el corazón de San José. Aprendamos y abandonémonos en las manos de Dios, con el santo abandono que nace de la perfecta abnegación, aunque sea bajo una lluvia de calumnias o bajo una tempestad como la que se desencadenó en

Nazaret, aunque sea en medio de las mayores tribulaciones. No porque sepamos que Dios nos va a sacar incólumes de todas las tormentas en el sentido mundano de la palabra, sino porque sabemos que si El nos hace sufrir es por nuestro bien.

Mirad, por último, a Dios Nuestro Señor. Dios Nuestro Señor es el que ha permitido que se desarrolle esa tragedia: que la misma inocencia aparezca humanamente sospechosa. Dios es la fuente del candor virginal y ha permitido que el cierzo de la duda empañe ese candor para que conozcamos sus caminos y sepamos aprovechar las pruebas a que nos someta, por extrañas y duras que sean. ¡Cómo se complacería mirando aquellos dos corazones que batallaban y que en su batallar no tenían más que pensamientos purísimos y virtudes acrisoladas! ¡Cómo se complacería al ver que cuanto más rugían los vendavales, más lozanas florecían las virtudes en el alma de San José y en el alma de la Virgen! ¡Y cómo aspiraría el olor de suavidad que de tanto sacrificio subía al cielo con benignidad y amor ! Eran sacrificios ofrecidos por los dos corazones más puros, después del Corazón de Cristo, que han palpitado en la tierra. ¿Hay perfume más agradable para Dios Nuestro Señor?

Mirando en conjunto el episodio evangélico que comentamos, en todo él se percibe el amor de Dios, es decir: el amor con que María y José aman a Dios y el amor con que Dios ama a los santos esposos. ¡Qué divina impaciencia habría en el corazón de Dios por consolarlos! El mismo amor que le hacía probarlos, le impulsaba a consolarlos, le hizo consolarlos al fin con una consolación inefable.

El desenlace de este episodio nos hace ver cómo Dios consuela a los suyos, para que en las horas de tribulación sepamos esperar confiados la consolación divina y con esa esperanza confortemos nuestra flaqueza y mantengamos dilatado el corazón. Divina filosofía

la de esta página evangélica, que el mundo no tiene oídos para oír, pero que es luz y aliento y cielo de los corazones rectos. Vivamos de esta celestial sabiduría, como la Virgen y San José, para que, siguiendo sus huellas aquí en la tierra, merezcamos luego en el cielo glorificar con ellos eternamente al Señor.

*(P. Alfonso Torres, OBRAS COMPLETAS I- Lecciones Sacras
1, BAC, 1967, pag. 147-161)*